

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

BAKUNIN, EL INSUMISO

Ginebra, 1867. Con pasos rápidos, el corpulento barbudo, cubierto con una negra capa de grosera lana, enormes pantalones de sarga azul y blusa de franela gris, asciende hacia la Vielle Ville al ritmo retumbante de sus zapatos claveteados, buscando el local de daguerrotipista al que hace días confiara la revelación de un retrato, la entonces mágica “fotografía”, novedad que cautiva ya a todo el mundo. El hombre transpira, se sofoca y tose, pero no se detiene, y no cesa en ir venciendo la inclinada pendiente, que llega hasta la plaza medieval del Nuevo Mercado, y luego, al descender, se bifurca en sendos desfiladeros de opulentas mansiones burguesas.

Al llegar finalmente a la explanada y al depósito marmóreo del agua que arroja el viejo grifo de la fuente, se lleva el líquido a la boca el cuenco de sus manos dos o tres veces; al cabo de unos segundos, suspira y yergue la cabeza, aliviado ya de la fatigosa ascensión que ha hecho enrojecer su rostro y entrecerrar sus párpados, bajo los cuales asoman unos ojos profundamente azules, a los que no molestan las miradas curiosas de los correctos paseantes, quienes con gestos casi imperceptibles, aunque elocuentes, reprueban la incorrecta avidez del gigante sediento y chorreante, de erizada melena, como de un viejo y enorme felino. Alguno reconoce en él a “Michel”, ese ruso muy popular entre el gremio relojero del Macizo del Jura Helvético.

A sus espaldas, abajo y a lo lejos, un sol vespertino riel en las aguas del gran lago verdiazul; en lontananza, el Montbrillant y el Mont Blanc ostentan sus blancuras inmaculadas. La iglesita luterana, el Palacio de Justicia, los hostales, especierías y tiendecillas minúsculas, repletas de mercaderías, circundan la irregular y poliédrica plancha de grandes bloques de piedra barrida por el viento frío venido de la montaña. A su derecha serpentea la Grand Rue, cuyas sólidas mansiones señoriales despliegan sus altos muros, una tras otra, herméticas, altivas e inaccesibles. Por ella descende el ruso Michel, quien tuerce su marcha al llegar a la esquina en que inicia la breve callejuela que lleva a Saint Pierre, de colosales columnas rectangulares, adosada a la cual el Aula de Calvino le lleva a evocar recuerdos de la perse-

cución y de la hoguera de Champlain, entre cuyas llamas pereciera Servet exhalando aquel último grito inaudito, un aullido estremecedor, como venido de ultratumba, cuyos ecos resuenan entre los altos bastiones ginebrinos y, sin embargo, Ginebra es Calvino, Ginebra la hospitalaria y discreta, la que sabe guardar los secretos y esconder al perseguido, es Calvino, es su obra más perfecta, mucho mejor que su “Institutio”, que a Bakunin le provoca sólo náuseas. El fanático erigió, sin saberlo ni desearlo, una alta ciudadela de libertades para la libertad, el sueño recurrente, el más acariciado por el sudoroso titán que, por fin, reconoce la casa-taller del fotógrafo frente a la catedral, y hacia la que dirige decididamente su basto corpachón. La sorpresa de contemplar su rostro “fotografiado” le regresa a un mundo de otros recuerdos, los de su prisión en la de Pedro y Pablo, pesadilla cruel e indeleble que no le abandonará jamás.

Recuerdos legendarios de su peripecia en Praga, en París y en Dresden, en donde conoció a un Wagner joven, rebelde y pobre, le embargan de nostalgia, mientras camina por los senderos de La Grange y de Des Eaux-Vives, pues gustó desde la primera vez que los recorrió esos parques boscosos en la ribera oriental del Lèman.

Llevaba aquel día bajo el brazo el cartapacio que resguardaba su flameante fotografía, que él no buscó imprimir, resultado más bien de la insistente demanda de sus amigos, los relojeros de la Suiza francesa, anarquistas y libertarios, para quienes Michel era ya ícono y gran camarada, rebosante de vitalidad y de fuerza, dotado de una imbatible alegría de vivir, capaz de engullir media vaca y varios litros de vino; tierno y generoso hasta el dispendio cuando se hacía de algún dinero, y peticionario impertinente de plata cuando las cosas se le complicaban. En Ginebra, contó con el mecenazgo de Herzen, también rebelde, pero sin la angustia de la pobreza que atenazó al pobre Bakunin con su alma de niño, presa en un pantagruélico cuerpo de campesino ruso ennoblecido que nunca dejó de ser. La fotografía suya la ha prometido al círculo clandestino que crece alrededor de él, teniéndolo como guía prestigiado, encallecido por las luchas políticas que le han apasionado tanto como le ha seducido siempre vivir entre secretos, claves y cábalas; al borde del precipicio.

Sus camaradas ya le aguardan, y él no sabría desairarlos. Concluye su caminar al llegar a la destartalada “Orangente” del parque de las Fuentes Brotantes, en donde ha de encontrarse con el resto de conspiradores, sus admiradores incondicionales. Llega transpirando copiosamente, esa costumbre tan suya, con la melena enemiga del peine y la indumentaria más descuidada que cabría imaginar, aun tratándose de un revolucionario, como él, revolucionario profesional a tiempo completo, siempre envuelto en

contraseñas y signos misteriosos, gesticulante, efusivo, repartiendo abrazos y besos, entre carcajadas estentóreas y enérgicas palmadas en las espaldas de los compañeros, que le festejan todas sus ocurrencias y consienten todas sus bromas, algunas un tanto pesadas. Su ánimo se ensombrecía sólo a causa de los recuerdos, los de su *Confesión a Nicolás I*, el zar de sus desventuras, documento que le fue arrancado por Orlov a fin de sacarlo vivo de la siniestra fortaleza, la prisión macabra, la de Pedro y Pablo. Después, vendría el destierro siberiano, la huida y el regreso a la patria cruzando Japón, Estados Unidos y Europa, una hazaña en verdad prodigiosa. Sus camaradas conocían esa odisea, que formaba parte inseparable de la leyenda tejida alrededor de la vida trashumante del apátrida en perpetuo éxodo. Doquiera que se asentara, ahí pronto habría revueltas y acciones “ejemplares”, a poco que llegara.

Bakunin configuraba su propio “teatro de operaciones”, la estrategia y las tácticas consecuentes, la composición y el tamaño del “círculo íntimo”, el texto de las proclamas y llamamientos, el código de claves, los símbolos distintivos, las contraseñas y el método para identificar infiltrados.

Se tomaba estas cosas con la seriedad y cuidado; exige el riesgo muy real de perder la libertad y la vida, y planeaba cada atentado hasta su más mínimo detalle, como revolucionario “profesional”, oficio inaugurado por esa montaña que entonces se alzaba frente a los Alpes francosuizos y frente a todo poder constituido, el enorme Michel, camarada muy de fiar y de temer.

Corría en Ginebra la conseja, que la *Confesion* al zar llevó a Nicolás I a afirmar: “Bakunin es un tipo magnífico, pero demasiado peligroso. No lo pierdan de vista”. La *Confesion*, sus líneas generales, eran conocidas solamente por sus más allegados, y nadie, excepto el zar y Orlov, había íntegramente llegado a leerla: era documento “clasificado” (como dice la jerga bárbara) impublicable.

Entretanto cruzaban por su mente recuerdos de lo vivido, le iba pareciendo que la idea del gran amigo Guillaume de publicar una biografía suya (ahora que la muerte ya lo rondaba) y, en el frontispicio, la dichosa fotografía, era pretenciosa y egocéntrica sin remedio, pero ¿quién era él para desairar el cariño genuino de los compañeros, los Amos del Tiempo, sus relojeros suizos, como les llamaba el ruso, los relojeros de Ginebra, que un día contaron entre ellos al mismísimo padre de Rousseau? Por otra parte, ¡Guillaume había insistido tanto! A él, además, ya le flaqueaban las fuerzas y le presionaban acreedores, y por todos lados la vida le estaba resultando insoportable. En esa su vida qué de saltos y sobresaltos, cuántas horas felices, las de Praga, París y Dresde, pero ¡cuán duras las muchísimas infelices!, las de

las prisiones, las de la persecución interminable, las disensiones fratricidas, el odio de Marx, tan innoble, el asunto de Netchaiev y las bajezas de los calumniadores. Ahora sólo le restaba lograr llegar hasta el final de la partida.

El barullo de la ruidosa y poco discreta reunión de L'Orangerie acabó por alarmar a los complotistas más precavidos, que sentían que la cosa se estaba pasando de la raya, susurrando al oído al gran compañero Bakunin, quien, con fatigado gesto, accedió y decidió finalmente disolver la junta aquella y no correr más riesgos. Además, estaba comprometido a encontrarse con Cafiero en Coligny, y el camino de media hora no era tan corto como le había parecido apenas unos años antes. ¡Los años, el tiempo que se escurre como arena entre los dedos, la humillación de envejecer! Y luego el italianito aquel, tan pagado de sí mismo, tan puntilloso con las cuentas de los subsidios, tan puritano y tan hipócrita, como todos los demás perfeccionistas que se habían empeñado en educarlo, olvidando que, contra toda apariencia, él era un campesino ennoblecido, que había conocido la opulencia y el ocio por lo menos durante unos cuantos años, pues a los catorce había ingresado al ejército, que acabaría odiando.

Despidióse de todos con gestos apresurados, y pudo, al fin, zafarse de los abrazos y apretones de manos de sus contertulios, que no se resignaban a verlo partir. Cruzó Des Eaux Vives cuando ya caía la tarde y algunas luces parpadeantes punteaban la ribera del lago, sobre el que desaparecía rápidamente el día. Caminó un largo trecho paralelamente a la orilla, hasta llegar a la Rampa, la empinada cuesta obligatoria para subir a Coligny. Al contemplarla, experimentó por vez primera un desfallecimiento, y también la sensación de fastidio, de hastío, la de un cansancio insuperable, acumulado durante años.

A mitad del camino se encontró frente a la Villa Diodati, la mansión en que Byron y Shelley vivieron desterrados poco antes de lo de Misolonghi, y un sentimiento de orgullo le confortó; él también pertenecía a esa estirpe rebelde, a la que el poeta supo hacerle honor cumplido; no podía ser infiel al compromiso que hermanaba a todos los insumisos, el voto íntimo por la libertad y la felicidad, aquí y ahora, eso que a Marx, intolerante, le parecía una aberración prematura, impolítica y suicida.

La segunda y más difícil mitad ascendente lo dejó muy maltratado, y al llegar a la calle principal de la elegante comuna, experimentó náuseas, sudores fríos y acres, que nada bueno presagiaban, como él bien lo sabía desde meses atrás, cuando comenzaron sus achaques, que había pretendido ignorar durante algún tiempo, hasta que se convirtieron en un sordo malestar general insufrible e imposible de negar.

Al entrar al lugar acordado, un café minúsculo y oscuro, se percató de la ausencia del italiano melindroso, y, con alivio, desplomó los ciento doce kilos de su carnal envoltura en la sillita de bejuco, que crujió ante el robusto embate, a punto de descuadrarse. El camarero, con mandil albo y corbatita negra, se acercó solícito, intrigado por el corpulento y desastrado cliente, que sudaba y bufaba, mirando inquieto en todas direcciones, presa de incontrolables nervios. Ordenó al mozo una cerveza y un plato de arenques, que no tocó. Una segunda *blonde* terminó por apaciguarle, y el cigarrillo oscuro hizo lo demás, volvió a respirar a sus anchas.

El acogedor calorcillo del pequeño local le hizo bien. Consultó el grueso y encadenado reloj de acero, regalo del gremio de artesanos, que pendía de un ojal de su negro y astroso manto, una cosa entre abrigo, toga y traje talar. El mecenas estaba, como siempre, retrasado, pero Bakunin no tenía más remedio que esperar pacientemente, so pena de que mañana se armara un escándalo, puesto que ya sabía que los marxistas habían convencido a Herzen, quien no le creyó, y a Cafiero, que Bakunin era un hedonista decadente inescrupuloso con los dineros de la causa general, como con los del “Centro difusor” que el italiano había echado a andar desde hacía tiempo, y cuya consecución había confiado a Bakunin meses atrás.

No teniendo a la mano ni periódicos ni algún libro, Michel procedió como de costumbre ante la carencia de ambas cosas: sacó, no sin esfuerzo, del bolsillo posterior de su pantalón tremolante un paquete minúsculo, una especie de cuadernillo evidentemente cosido por él mismo, cuyas primeras hojas estaban plagadas de cifras, fechas y borrones: las cuentas a rendir al patrocinador millonario. Mal le iría si no aclaraba indubitablemente la incuria que parecía su culpa. Decía, a todo quien quisiera oírle, que lo mejor, tratándose de cuentas, era ni rendirlas ni exigir las. Harto de las minucias del promotor aquel, desprendió del conjunto las ya garrapateadas y se propuso escribir en el resto, una suerte de prólogo a “Apología pro vita sua”, que Guillaume publicaría con la fotografía, olvidándose por un instante del motivo de su presencia en *La Cigogne d’Or*.

Entonces, comenzaron a asaltarle los recuerdos, numerosos recuerdos, tan agitados y febriles como lo habían sido sus días de plenitud ya dejados atrás... ¿Cuáles habían sido los caminos acertados, en qué encrucijadas se había confundido y equivocado, en dónde había errado el rumbo?...

El cojuelo y viejo camarero lo observaba, con el rabillo del ojo, ir emborronando con un lápiz mordisqueado los pequeños rectángulos de papel. Al cabo de una hora llegó con su paso vacilante hasta la mesa del ruso para ofrecerle otra bock de *blonde*. Bakunin, absorto, no le prestó ninguna atención y siguió metido en sus letras, negras e irregulares, ausente de este

mundo. El del mandil, con aire ofendido, se dio media vuelta y se metió a la cocina.

La noche había caído plenamente y el viento arreciaba barriendo el lago y golpeando, con el aire frío que levantaba del agua, todo lo que encontraba a su paso. Bakunin alzó la vista del papel y atento un instante al ulular de las ráfagas, se arrebujó en su grueso abrigo y pidió café “filtre” y *acquavit*. Era llegado el momento de dejar en claro las cosas antes de la llegada del impuntual dadivoso, cuyo retraso era inexplicable hasta para él, que no se distinguía precisamente por su puntualidad, pues era capaz de dejar plantado a cualquiera, si algún berrinche, alguna ocurrencia o encuentro imprevisto se cruzaba en su camino, lo que sucedía con mucha frecuencia. Pero él no era un “hombre de negocios”, y su esquivo interlocutor sí que lo era, así que estaba obligado, él sí, a ser puntual y formal con la seriedad propia de todo burgués que se respete. Se río para sus adentros de lo que acababa de pensar, que sonaba a regaños de solterona.

De todos modos, ya la cosa estaba podrida por la suspicacia y desconfianza mutuas, como en otras ocasiones en el pasado había ocurrido para su desilusión, incluso con sus más fieles seguidores, aunque, por fortuna, siempre fueron reemplazados por nuevos admiradores, más jóvenes y más decididos, ayudado gracias a esas nuevas conquistas a cicatrizar las heridas infligidas por los desertores. Vogt y Guillaume nunca serían de esos, de eso él estaba seguro, tanto como lo estaba que destruir la fe popular en la legalidad era la fórmula en que podía resumirse su vida, convencido de que la destrucción del maligno orden establecido exigía siempre de la violencia, individual o colectiva.

Él era, ante sus propios ojos, un agente moral, que requería, para tener éxito, procurar fingir la apariencia del poder: el prestigio personal era parte de su patrimonio, y ahora esa riqueza se veía amenazada por las insidias de Marx y Engels, por de pesados, tan alemanes los dos, por las calumnias de Cafiero y por las del “chico de su corazón”, Netchaiev, quien lo tenía agarrado por el cuello; muchacho seductor le había robado decenas de cartas, a fin de comprometerlo. Esta última decepción le había sido especialmente intolerable y dolorosa y había hecho saltar lágrimas de sus ojos de viejo león desdentado.

Fatigado por la espera desconsiderada que Cafiero le infligía, quizá con el propósito de desconcertarlo a fin de exigirle desde una mejor posición las cuentas a rendir y el reembolso de lo malgastado, Mijail Alexandrovich volvió a mirar el reloj, y, con impaciencia, tamborileó la mesita con dedos nerviosos, mientras acudían a su memoria amargos recuerdos, los que habían dejado los rápidos pasos de algunos seres en su vida, en los últimos me-

ses, comenzando con los del “big boy”, su “tigrillo fiero”, Sergei Netchaiev, a quien se asió como quien se abraza a una última tabla de salvación. En aquel momento de inútil espera, todavía le dolía el laberíntico y venal dominio que sobre él había ejercido inexplicable ante los demás compañeros, vergonzoso, sórdido y, sin embargo, vivo y apasionante en su misteriosa seducción, que todavía latía con la remembranza de lo hermoso. Al instante intentó ahuyentar esos recuerdos y tomó los periódicos de la entrada, una hojeada superficial e inútil; los había leído todos por la mañana; para él sólo eran historia inmediata a ser olvidada inmediatamente. Los arrojó displicente sobre una silla y retomó sus apuntes, sin lograr concentrarse, ya desasosegado irremediablemente y muy molesto con él mismo, irritado por aquellas debilidades que no había podido vencer. Por si todo esto no fuera suficiente, estaba además aquel compromiso, pagado (y gastado) por anticipado, con el *Schweitzerische Republikaner* de Zurich; el periódico le exigía perentoriamente, desde anteaer, el texto prometido. Abrumado de males, reales y ficticios, había ido dejando de lado el trabajo aquel; ahora ya no tenía cómo diferirlo por más tiempo. Con esto en mente, se inclinó hacia su cuadernillo, intentando comenzar a esbozar al menos el esquema del ensayo:

- I. El Estado y el derecho productos del mítico “pecado original”, punto de partida de toda teoría política: los hombres, manchados por esa transgresión, quedan necesitados, a causa de su egoísmo, de ceder su libertad al Estado, único capaz de reprimir la deficiente naturaleza del hombre;
- II. El Estado y la Religión son mellizos, nacidos y crecidos *paralelamente*;
- III. La *relación simbiótica* entre ambos es funcional;
- IV. Mantenimiento y *fomento de la ignorancia* popular y la superstición de operaciones tanto del Estado como de la Iglesia;
- V. En *círculo perverso*; ello entraña su *autorreforzamiento*;
- VI. Sin excepción, toda autoridad tiene un sello religioso y vive un mundo misterioso, comprensible sólo para iniciados en sus misterios y ritos;
- VII. Los males del hombre sojuzgado provienen, en su gran mayoría, del empeño opresor que el Estado entraña y que actualizan sus agentes, oficiales y officiosos;
- VIII. Así como la ciencia viene a disolver el hábito religioso, la rebelión llega para suprimir el hábito de obediencia ciega a la autoridad política;
- IX. Un *sagrado instinto* es el origen de la revuelta; una *voluntad* común expresa el *genio colérico de la Revolución* y ambos son inextinguibles, a pesar de las represiones sistemáticas de la autoridad estatal, la autoridad política;

X. El estallido decisivo lo producirá *el lumpen proletariado*, pues es la porción menos vinculada al *orden prevalente* y, en consecuencia, la más apta para empujar a la revuelta a los restantes estratos sociales;

XI. Nadie puede llegar a ser libre en *dependencia económica*; todos tienen derecho a recibir lo necesario para la vida;

XII. El camino de la liberación pasa por la *asociación libre* de los hombres en *comunidades federadas*;

XIII. La coerción de la relación salarial y el modelo jerárquico de autoridad en el *proceso productivo* tiene su réplica en el modelo de dominación de las *estructuras legales y políticas*".

Después de pergeñar esto y dejar el lápiz sobre la mesa, sintió el hondo cansancio doloroso de los que predicaban en el desierto, de los profetas desdeñados, repelidos por quienes, sordos y ciegos, no admiten la buena nueva, los fariseos de siempre.

Vio por enésima vez el reloj y decidió que le era imposible seguir esperando más. Se puso de pie, recogiendo al mismo tiempo sus papeles y arrojando unas monedas excesivas al platito del café, mientras el camarero, al ver los cobres y alguna plata, no paraba de caravanearle y agradecer al señor aquel su munificencia, típica generosidad del derrochador impenitente que siempre había sido Mijail Alexandrovitch, cuyos gestos y ademanes de gran señor impresionaban a cuantos le conocían, viejos camaradas y recién llegados. Con ese aire salió del local a enfrentar las inclemencias de la desasosegada noche, subió el cuello del abrigo hasta las orejas, y hundiendo las manos en los bolsillos del negro gabán, cerró con estrepito la puerta tras él.

Miró hacia ambos lados de la calle, abarcando con la mirada, de un golpe, "el estado de la *rua*", casi como acto reflejo, reacción de una segunda naturaleza, hábito de conspirador. No encontrando nada inquietante, recorrió la calzada, ahora en sentido inverso, y comenzó a descender hacia la Place Des Eux Vives. Le esperaba un largo camino a merced de los elementos y de la plenitud de la noche hasta la Cornavin, cerca de la mansión del gran Voltaire, hipócrita genial propietario de aquella casa de burgués opulento, "Les Delices". Caía una helada lluvia muy fina, que empujada por el viento le picoteaba el rostro, empapaba sus hirsutas barbas y resbalaba sobre el desgastado y larguísimo capote que había conocido mejores días y noches más agradables, que aquella desahogada que le rodeaba ahora, silenciosa y lóbrega.

Ni un alma vagaba en el Jardín Anglais. En su fuente monumental, frente a la rotonda del gran kiosco de acero y piedra, la lluvia parecía redundante y ociosa. El rumor de las hojas de los altos robles, sacudidas por el

viento, le sumió de nuevo en sus reflexiones. Sin disminuir apenas, la lluvia cesó de golpe, y Mijail Alexandrovich decidió tomarse un descanso, a pesar del frío que la cercanía del lago hacía más severo. En una banca de fierro colado, frente al busto de Plage, asentó su inabarcable humanidad y encendió el cigarrillo, no sin dificultad, pues la ventisca persistente no dejaba brotar la chispa de las cerillas. Exhaló al fin una acre bocanada, al tiempo que retomaba sus recuerdos y sacaba de nuevo el cuadernillo iniciado en el café de Coligny, a fin de proseguir su apologética sucinta, en la oscuridad del geométrico parque, nocturno, húmedo y fragante.

A lo lejos percibía, borrosa, la irregular Isleta de Rousseau, que conocía muy bien, y donde, a los pies del monumento de bronce que representa al ginebrino mayor de todos los tiempos, había redactado durante años documentos, proclamas y cartas circulares con los que animaba su clandestinidad y las asociaciones secretas constituidas por él, hijas de su insaciable predilección por el misterio. A los dos aquellos pesados alemanes de Londres les parecía tan deleznable como un juego de niños, sin lograr entender que algo tenían de eso, y de ahí su inextinguibilidad, aunque Marx-Engels nunca pudieron llegar a admitirlo, lo que en el fondo le tenía sin cuidado.

Él tenía la manía de lo subterráneo y oculto; Marx, la de los forúnculos de su cuadrado rostro. Daba igual.

“Por experiencia, sabía que los más ardientes revolucionarios no hacen tal vez otra cosa que perseguir la paz, como el resto de la humanidad, la paz de una vanidad lisonjeada, de apetitos satisfechos o quizá de una conciencia apaciguada”. Ésa y no otra era la desnuda verdad a la que había llegado finalmente, dejándola consignada en el cuadernillo, que regresó al bolsillo del pantalón. Mientras tales cosas cavilaba y escribía en aquel jardín oscuro, una luna espléndida desgarró los nubarrones grises que la ocultaban y la ciudad entera quedó bañada por la luz sideral de la recién llegada, que también arrancaba destellos de las nieves eternas en las montañas cimeras del Jura, hacia las que Mijail Alexandrovich levantaba la vista, cuando menos una vez al día, todos los días. Solía decir que aquellas cumbres hacían de Ginebra algo incomparable, una escalinata montañosa y monumental hacia la libertad definitiva de su espíritu, trasportado a las alturas del globo por esas saetas de durísima piedra, clavadas en el éter de polvo de estrellas.

Para llegar hasta la Puerta Cornavin tendría que recorrer todavía un largo trecho: arribar a Longemalle, al diminuto y estrecho obelisco coronado con la bola de oro, seguir en línea recta hasta la Place du Molârd, cerrada en uno de sus extremos por el torreón antiguo y su reloj de cifras romanas, esmaltado de oros y azules, para de ahí acceder al puente de Forces Motrices, las poderosas turbinas que colaban despaciosamente al ince-

sante Ródano en su rauda carrera, y que pasaba más abajo por alto y lejano puente de Saint Jean. No era poca cosa para el hombre achacoso, fatigado por las aventuras intrépidas de su azarosa vida. Se levantó de la dura banca y, pesadamente, dándose ánimos, reanudó su marcha kilométrica. Quizá lo sostenía “le diable au corps” que predicaba como quintaescencia de todo conspirador revolucionario o, a lo mejor, le impulsaba el deseo de ya acabar con todo, pues ya había acariciado, días atrás, la idea del suicidio.

Cuál no sería su sorpresa cuando, al llegar al final del Pont du Mont Blanc, después de pasar frente al imponente edificio hidroeléctrico, doblando hacia Champoulet, se topó casi de narices con el inspector en jefe, Heat, del Departamento Especial de Investigación.

“Contemplaba en él la fuerza de la ley, de la propiedad, de la opresión y de la injusticia. Contemplaba a todos sus enemigos y enfrentábase a todos sin temor en una satisfacción suprema de su vanidad. Se hallaban perplejos ante él, como ante algún espantoso presagio. Se deleitaba interiormente en el azar de este encuentro, que afirmaba su superioridad sobre la multitud entera de la humanidad”. El truculento policía lo miró, a su vez, de arriba abajo, sin dirigirle una sola palabra, aunque sí una sonrisilla de suficiencia petulante. Mijail Alexandrovich estuvo a punto de preguntarle si le seguía, pero como esto evidentemente no hubiera sido posible, pasó a su lado con grande y altiva indiferencia y sin abrir la boca.

Había caminado durante casi una hora, y ya sentía flaquear sus fuerzas, aunque continuaba arrastrando su imponente humanidad sobre la acera frente a la iglesia anglicana, diminuta cual casita de juguetería. Ningún café estaba abierto a esas horas, y las tabernas de vino quedaban todavía lejos, frente a la Puerta. Tenía que sacar fuerzas de flaqueza y no desmayar, cosa impropia de revolucionarios. Así que aceleró el paso, y, con grandes esfuerzos, remontó la cuesta hasta desembocar en Notre Dame, la sobria catedral de los católicos, pegada a la estación del ferrocarril, con su gran rosetón central y sus tres puertas majestuosas, correspondientes a las naves neogóticas, olorosas a incienso y flores, entre las cuales alguna vez había tenido que refugiarse, escondiéndose de la policía zarista que le seguía los pasos.

Al divisar, en la otra acera, *L'Arlequin* con sus luces multicolores brillando alegremente, sintióse aliviado y, sin pausa, entró decididamente en el establecimiento de espirituosos, ávido del refrigerio, que ya saboreaba en el último tramo de su caminata interminable. Buscó una mesa, la más alejada de la puerta y, sin darle la espalda a ésta, se arrellanó en la silla, en la que apenas cabía. Pidió cerveza y avellanas, que una linda camarera le llevó en un abrir y cerrar de ojos. Recorrió con la vista el salón, en el que unos cuantos clientes bebían, alborotaban, jugaban a los naipes.

Después de apurar dos o tres tragos de auténtica *ale*, entró en calor, encendió el tabaco y sacó cuaderno y lápiz. Estaba por empezar a garrapatear el papel cuando, mirando hacia la puerta de la cocina de *L'Arlequin*, insuficientemente disimulada tras un biombo de madera ennegrecida, advirtió la opresión de una mirada, clavada en él: era Netchaiev, aquel muchacho desleal e ingrato que le veía a cierta distancia, desde los minúsculos fogones, sin disimular que la sorpresa sobresaltada de Mijail Alexandroich le regocijaba enormemente. Despojándose rápidamente de su disfraz culinario, el joven arrojó el gorro cocinero y salió al encuentro del gigante, que ya se había incorporado, víctima de una gran emoción, mientras veía al infiel aproximarse a su mesa. Desde el robo de las comprometedoras cartas no había vuelto a verlo. Se había esfumado en las inmediaciones del Lago, pues bien sabía que le sería imposible estar a resguardo del zar fuera del refugio suizo. Seguramente había estado espionando sus movimientos desde aquel día, pendiente de sus reacciones, de sus conversaciones y encuentros; un traidor perfectamente traicionero, una suerte de súcubo perverso, sádico, brutal, impulsivo e impredecible, aun para él, que se jactaba de ser gran conocedor de los laberintos morales y mentales de la humana naturaleza; ahí estaba ya frente a él, de cuerpo entero, cínico impenitente, con la sonrisa torcida y la mirada de una juventud resplandeciente, deslumbrante en su frescura, apuesto y aplomado.

Al tenerlo y mirarlo de cerca, el corazón de Bakunin dio un vuelco y, entre agitaciones incontrolables de su ánimo, escuchó al fin la voz, al decirle, a manera de saludo de rutina convencional, como si nada —“¿Qué hay, Mijail Alexandrovich?! Pareces enfermo... ¿qué te ocurre?”

Sin poder contenerse, el viejo león rugió, estentóreo:

—¿Cómo te atreves a abordarme, infeliz criatura?!— ¿Qué es lo que te has creído, inmundo prevaricador?! ¿Crees que yo no sería capaz de destruirte? ¿No te avergüenzas de tus criminales enguajes, infeliz desgraciado? ¿Creías ser capaz de poder amedrentarme sin consecuencias? ¡Te equivocas ahora conmigo así como yo me equivoqué contigo, maldito desgraciado! Te di todo y tú confundiste mi cariño con algo innoble y vergonzoso.

Los parroquianos, uno a uno, fueron callando para disfrutar mejor el inesperado y gratuito espectáculo que les brindaba el altercado entre un viejo valetudinario y aquel joven al pasear inmune ante las rudas imprecaciones de Gran Bípedo, como, en confianza, él le había bautizado jocosamente, muchos meses atrás, cuando las cosas parecían ir viento en popa... sobre todo para alguien como él, sediento de sangre violenta y de sensaciones in-

nombrables. En aquellos días, que ahora parecían tan lejanos, la entera Ginebra conspiradora estaba al tanto de la palmaria y escandalosa debilidad del Gran Agitador por el joven ruso, que, recién desempacado, había dado en el blanco del solitario corazón del insumiso legendario, para vergüenza de Vogt, Guillaume y los restantes allegados del anarquista mayúsculo.

Por más que éstos acometieran una y otra vez la delicada tarea de hablar y prevenirle sobre dichos asuntos, francamente escabrosos y evidentemente estorbosos a la causa, “Michel” nunca dio su brazo a torcer; acabó despidiendo a todos los quejosos con cajas destempladas, reclamándoles el no ser claros sobre las cosas de que hablaban, además de su evidente falta de sentido común y de tacto al quitarle a él con sus sandeces y suspicacias un tiempo valioso como es el de todo revolucionario profesional, serio y recio. ¿Acaso ya lo habían olvidado?

En consecuencia, aquella funesta *liason dangereuse* prevaleció hasta que llegaron las inevitables tormentas personales y políticas que hicieron estallar el escándalo, desenmascarando a Netchaiev, si es que en realidad así se llamaba aquel pequeño monstruo, genio de la conspiración *in anima vilis* ante el que había sucumbido trágicamente el Titán, cuando menos ante los ojos de sus admiradores y discípulos, celosos y escandalizados (a decir verdad, más lo primero que lo último).

En cosa de segundos y entre gritos y aspavientos de los clientes, Bakunin apresó férreamente el antebrazo del muchacho añorado y aborrecido y le hizo salir rápidamente a la calle, casi llevándole en vilo antes de que otra cosa ocurriera. Ya a la intemperie, se limitó a ordenarle, terminante y discretamente, que habría de acompañarle sin rechistar, pues ya habían salido algunos a fin de ver en qué paraba aquello. Encaminó sus pasos a la casa de Guillaume, sobre la *rue* Rousseau, a mitad de camino entre la Gare y el Lago. Al llegar al portón, coronado con tres “flores de lis”, esculpidas en la piedra clave, frente a la Escuela de Comercio, hizo resonar varias veces el pesado aldabón bronceo, una ingenua “garra de león”, hasta que vio franqueada la entrada, mientras Netchaiev hacía un último inútil y débil intento de resistencia, acabando por traspasar aquel dintel, seguido de Mijail Alexandrovich. Cerrado el portón y a varios metros de distancia del mismo, el delicado cocinero de *L'Arlequin* sollozaba sin consuelo al ver desaparecer a su cálido y falsario compañero, de apenas cuarenta y ocho horas antes, tragado por la negra boca del zaguán, que era para él como el más hondo precipicio del desengaño.

No era preciso explicarle nada al buen Guillaume, pues lo había ya entendido todo: tendría la ocasión privilegiada de recoger una segunda confesión de su héroe, ante la cual la enviada al sanguinario Nicolás, muchos

años antes, no sería sino un cuento de hadas, una bucólica y fantástica disertación dictada por la más absoluta desesperación; la que vendría en seguida estaría además, forjada por la ira, los celos y el desamor rencoroso, mezclados con razones y argumentos, los de una gran revolución por venir, apocalíptica y salutífera, el inicio de la vida verdadera, la única digna de ser vivida. El ayuntamiento entre muerte y vida no le parecía ya una contradicción imposible, pues había llegado al límite de la desesperanza, y la fría razón razonadora era repugnantemente falsa y superficial, incapaz de lidiar con lo verdaderamente monstruoso y deforme, con algo como Netchaiev, banalidad del maligno, banalidad letal y estremecedora, inconcebible.

En la “oficina” de Guillaume, dos sillas de palo y una mesa de pino cepillado, el banquillo de los acusados y el proceso a un preso sumarisimo, en el que Bakunin sería la víctima, el fiscal y el juez a la vez. Luego, dirigiéndose a Guillaume, le pidió que tomara nota puntual de lo que diría ahí, en ese tribunal de conciencia y ante el testigo y testimonio de la veracidad de los dichos y hechos a los que en seguida se referiría. Sería entonces una confesión después de haberle arrancado al infidente otra previa, que formaba ya parte indisoluble de la propia, a querer o no. Dirigiéndose al reo, comenzó, con voz grave, conteniendo apenas su ira y despecho:

Sólo saldrás de aquí, por tu propio pie, si escuchas y respondes a mis palabras, patético infeliz, indigno de todo afecto, abyecto lacayo de pasiones deleznales, esclavo de rencores de los que nunca fuiste capaz de liberarte, escorpión que nació envenenando el seno de su propia madre, falsamente valiente, escoria que se arroja contra el viento, escúchame:

Corre por mis venas un caudal de sangre jacobina: mi padre, mío y de diez hijos más, viejo de cuarenta años al momento de su enlace con mi madre, presencié exultante la toma de la Bastilla que le marcó para siempre, para bien y para mal. De regreso a San Petersburgo relataba a todo el mundo cómo habría sido aquello y lo que significaba. Tenía yo once años cuando supe de los *decembristas* heroicos, entre los que se contaba un primo mío, por línea materna, Muravief; pero otro primo mío, Bakunin, formaba parte del pelotón de fusilamiento. Viví, pues, en carne propia, desde niño, contradicciones inquietantes. A mi padre, de ambiciones cortas y a pesar del deslumbramiento que le causó la Gran Revolución que me contagió, le importó antes que cualquier otra cosa y por encima de cualquiera consideración, hacer carrera en su condición de *chinovnik* y administrar su latifundio de quinientas almas. Me enroló como alférez en el ejército del déspota a fin de proclamar que, no obstante su liberalismo afrancesado, era un leal súbdito de los Romanoff, fiel y obediente al Padrecito de todas las Rusas. Con ello lo único que obtuvo a

la postre, fue no haber sido nunca importunado por la autoridad imperial, ganancia deleznable.

En 1835, abandoné el ejército, odioso por las matemáticas y la filosofía. Leí incasablemente a Fichte, Kant, Schelling y Hegel, hasta hartarme y, después conocí venturosamente a Herzen y a Ogarev, quienes cambiaron mi vida, que se había deslizado hasta entonces apacible y alegremente entre Pryamukhino y Moscú, en medio de una familia feliz y amorosa. De ella tome mis primeros impulsos de organizar la felicidad común, y también tomé conciencia de cuán triste es la servidumbre humana, encarnada en los esclavizados trabajadores de nuestras tierras. Soñaba desde entonces en hermanar la libertad y la solidaridad humanas en un solo y único sistema; el que prescinde de todo amo y del señor que fuere. Para ello no encontré otro camino, porque no existe, que destruir lo que impide que los hombres rompan sus cadenas, que alguno calificó de destrucción-revolución. En Pryamukhino mi padre se había convertido, con la edad, en un tirano senil que obligó a mi hermana más querida a contraer un matrimonio infeliz. Conocí después a Stankevich, amigo cálido y generoso, de enorme talento, quien con mis hermanas y hermanos, constituyó mi primer círculo íntimo, un refugio frente al mundo hostil, mi primera sociedad secreta.

Rompí con mis padres y en 1836 fui a vivir a Moscú, pues aspiraba ocupar una cátedra de Filosofía, estudiando como alumno libre en la Universidad Imperial, insatisfactoria y retrógrada. Descubrí que el único modo de adelantar en sabiduría era acudir a las universidades alemanas, lo que mi padre calificó de excentricidad fantasiosa impracticable. Yo estaba francamente desesperado y mi padre me era ya insoportable. Mi madre, fría, despótica y áspera, en nada contribuía a aligerar las cosas; al contrario, me reprochaba constantemente no aceptar los dictámenes obtusos y las órdenes atrabillarias del pequeño y decadente tirano doméstico. No puedo decir que llegué a odiarlos, pero mis sentimientos estuvieron muy cerca de eso y una rebeldía incontenible ardió desde entonces en mi pecho, llenando de ansiedad mis días. Recuerdo, todavía con repulsión, sus estúpidos sermones en el gran comedor de la hermosa mansión a la francesa, reclamándome invariablemente no haber aceptado la plaza burocrática que consiguió con dificultades en Tver amenazándome constantemente con restringir mis movimientos. Cuando llegaba a esto, varias veces estuve a punto de írmele encima, pero me contenía, daba media vuelta y me alejaba de su presencia, mientras él me maldecía a gritos. El viejo cochero un día encaró al tiranuelo diciéndole que aquello era muy injusto, pues los jóvenes tienen derecho a soñar y que su opinión era la de todos los siervos de nuestra casa. Mi padre lo envió, como castigo a su insolencia al último rincón de la propiedad, a morir solitariamente.

Entretanto, yo seguía leyendo y preparándome para el ingreso a la Universidad de Berlín y cuando conocí la *Introducción a la Vida Bienaventurada* de Fichte el mundo cambió para mí; fue mi libro favorito durante años, junto a los de

Goethe y los de E. T. A. Hoffman. Después, me adentré en la obra de Hegel y mi admiración ya no tuvo límites. Me convertí al paneslavismo sencillamente porque no atisbaba ninguna otra forma de acción política y porque era un punto de confluencia para aquellos que aspirábamos a liberarnos del despotismo brutal de los Romanoff y de sus virreyes en Asia y Europa: la cuestión polaca fue el epicentro de aquella conmoción.

Mientras tales cosas iba diciendo Mijail Alexandrovich, el buen Guillaume, de pie y un abatido Netchaiev sentado, cruzaban miradas de odio recíproco indisimulables. El joven había perdido ya su compostura y aplomo, y los efectos del jaloneo en *L'Arlequin* eran visibles en la desgarradura de su blusón rojo sangre y en el desorden de la pelambrea negra; los ojos, intensamente azules como los de Bakunin, aún despedían chispas que disminuyeron hasta extinguirse, conforme Mijail prosiguió con su perorata terapéutica. El gigante sintió por minutos que su legendaria fogosidad oratoria, que había sido siempre muy convincente, aunque en algo se hubiera aletargado con el transcurso de los años, volvía a él y regresaba por sus fueros en un momento decisivo que, por cierto, no era público sino de índole dolorosamente personal, lo que le desazonó, aunque no le hizo perder elocuencia. La espita del gas que ardía iluminando mortecinamente el destartado cuartucho silbaba cual serpiente venenosa a punto de acometer el letal mordisco final. Bakunin asestaría el suyo con precisión ofídica. Le ordenó bruscamente que levantara la mirada y lo viera a los ojos:

¡Tú, infeliz engendro, no puedes tener idea, nunca la tuviste, de lo que es vivir muriendo, pudriéndote lentamente! Pues para ti, la vida no es otra cosa que una gran francachela de sangre, alcohol, opio y algunas veces eso que tú llamas amor y que no es sino un desordenado y espasmódico ímpetu destructivo, en el que prostituyes tu desgraciada naturaleza de animal artero y cobarde. Escucha atento hasta el final, si quieres salir vivo de aquí.

¡A los 26 años dejé Rusia gracias a un dinero prestado por Herzen. Corría el año de 1840 y en lontananza ya veía despuntar una aurora de libertad y, en mí, el total despertar de la pasión revolucionaria, escribiendo y leyendo incansablemente. Me atreví a prologar la “Propedéutica” de Hegel. Pero Berlín no fue lo que yo y en 1842 me encontraba en Dresde para visitar al querido Arnold, líder del hegelianismo de izquierda. La docencia universitaria no me importaba para entonces ni un comino; lo importante ahora era La Revolución, que ya no estaba muy lejos, pues estallaría en 1848, con París a la cabeza de las restantes insurrecciones: las de Praga, Dresde y más tarde Bolonia; todas las viví en plenitud, no solo presencial sino activa, febrilmente, del modo más opuesto posible al de mi padre cuando estuvo en lo de La Bastille. Escribí entonces una frase que hizo fortuna: “Pour soulever les hommes, el

faut avoir le diable au corps” calificada por los biempensantes, como demoniaca, lo que contribuyó enormemente a su popularidad; la repetían igual el cochero que la marquesa, sin ser precisamente adictos a Satanás, más bien todo lo contrario, pero gustaba a todos por ser fulminantemente inequívoca, grata a los orgullosos de izquierdas como autoinculpatoria según los indignados de la derecha.

Al fracasar la revuelta, que viví al lado de Wagner, luchando codo a codo con él en las barricadas y sentenciándome la autoridad a reclusión carcelaria, fue esgrimido aquel apotema como probanza o indicio de mi natural e irremediable maldad. También se convirtió en estribillo de los clandestinos otro aforismo mío, el que dice que si existe un mal en la historia humana ese mal es el Principio de autoridad, fuente de todas las catástrofes, de todos los crímenes y de todas las infamias. Ese no gozó de tantos aplausos como el otro, pero tuvo también gran impacto.

No traigo aquí el relato de mis prisiones, la checa, la prusiana, la rusa, ni el destierro a Siberia ni mi fuga, desde el Amur hasta el Támesis, puesto que la conociste por mí y la sabes de memoria, de cabo a rabo. Parecía que te importaban más, desde un principio, los detalles anecdóticos que enterarte de lo serio, de la doctrina y el credo libertarios. Jamás lograste que despertara tu entusiasmo mi obligatoria Confesión a Nicolás, ni mis laboriosos trabajos sobre el método anarquista, la acción directa, la propaganda por el hecho o los del Estado y su malignidad esencial, nada que te obligara a reflexionar y que te llevara a ver más allá de tus narices, nada de tal índole te atrajo nunca, a pesar de tus protestas en contrario: en el fondo, no deseabas otra cosa que divertírte, saciando de ti lo más bajo de la condición humana lo peor de tu torcida naturaleza.

Italia fue para mí una suerte de bendición y por ello nació allí, fundada gracias a mi empeño, la “Hermandad Internacional”, subterránea y hermética. Cumplida esta misión, llegué por vez primera hasta aquí, gracias a los amigos, los “Amos del Tiempo”, mis compañeros relojeros del Jura, hospitalarios, laboriosos, fieles y eficazmente organizados sin señor ni dueño y de armónica igualdad. Debo a ellos la felicidad de Ginebra.

Ellos siempre han visto en ti al delator, al traidor, al infiltrado, al infidente que yo no supe o no quise llegar a admitir en su momento, a pesar de sus graves advertencias, pues tu disimulo zorruno y tu falsa admiración por mí y por la causa me confundieron y acabaron cegándome y te admití en el círculo de mi intimidad, que deshonraste como únicamente tú sabes hacerlo, con satisfacción morbosa, complaciéndote en mi desgracia, regocijándote a causa de mi infortunio, divirtiéndote con mi desventura. Yo ya había accedido a obsequiarte el texto inédito del “Catecismo Revolucionario” para que lo hicieras tuyo, vistiéndote con galas ajenas, un embuste del que hoy me arrepiento con dolor y la vergüenza de haber engañado, por tu causa, a compañeros fieles que me han rodeado de consideraciones aquí, en Berna,

en Zúrich, en Basilea. Y, todo para verte mejorar moralmente, propósito que yo entonces no admitía estuviera condenado al fracaso, como en realidad lo estaba de antemano. No llegaste a entender que reprobar la falsa moralidad de los poderosos no se detiene en eso sino que es preciso, además y sobre todo, proponer una nueva, una auténtica y legítima, humanamente equilibrada: nunca se te ocurrió que ser revolucionario es exactamente lo opuesto a ser vulgar y facilonamente indiferente, descuidado, superficial y arbitrario, defectos propios de una bohemia grotesca en la que te sentías a tu aire y entre la que propalabas chistes y fantasías que hicieron mucho daño, creyéndote tu mismo cuento de hazañas inverosímiles, las de Rusia y las otras. Fuiste lerdo y refractario a todo esfuerzo reflexivo y racional y nunca entendiste el valor del trabajo intelectual, imprescindible en la construcción de la vanguardia revolucionaria; lo tuyo eran meras ocurrencias, a veces lindando con lo genial, es cierto pero al fin, chispazos que se extinguían tan pronto como surgían, sin dejar nada tras de sí, ahogados por la oscuridad de tus necedades pueriles y tus veleidosos e insoportables cambios de humor, a cada hora y con cada día.

Sergei, revolviéndose continuamente en la silla, había comprendido, a lo largo de los minutos que transcurrían, para él lentísimos, que “La Hermandad” lo sentenciaría, partiendo de la requisitoria de Mijail Alexandrovich, y que no existiría para él escondite al que no pudiera llegar la larga mano justiciera de los compañeros de los cantones del Jura: su final le parecía angustiosamente prefijado desde el instante preciso en que interrumpiendo su diatriba, Bakunin le ofreció un vaso del agua más pura que hay en la Tierra, la del Lemán, que él rehusó con falso gesto altivo. “Nada que venga de ti puedo aceptar ya, dijo hosca y teatralmente”. Guillaume arrebató el vaso a Bakunin, y arrojó el líquido al rostro del falsario, como si fuera un golpe de látigo helado, tanto como era gélido su desprecio hacia él.

Mijail Alexandrovich le miró diciéndole: “No actuemos igual que lo haría éste, no te rebajes, no hay que tocarle ni un pelo, querido amigo; ahora permíteme concluir”:

Cruzando los Alpes a pie —hazaña para ti imposible por tu molicie proverbial— llegaron hasta esta alta ciudadela Reichel y Backer y comenzó, gracias a ellos, la suave y reconfortante amistad con Vogt, a quien en Ginebra se le tiene como fundador a justo título, de los estudios etnográficos. Esa su sapiencia estuvo orientada y anclada desde el principio en un conocimiento más hondo e importante, el de lo social, a fin de reforzar mejor algunas cosas que tú has olvidado neciamente.

Olvidaste que el hombre no puede rebelarse contra la Naturaleza ni escapar de ella; que la libertad auténtica solo es posible conforme a sus leyes inmutables; que sólo una amplia difusión del conocimiento llevará a la plena

libertad, válida únicamente cuando es compartida por todos y posible solo en condiciones de estricta igualdad y solidaridad de cada persona con todos sus congéneres. Olvidaste también que libertad y socialismo son mutuos y necesariamente complementarios y que ella sólo puede levantarse, sólida e indestructible, de las ruinas de todos los Estados y todas las iglesias; que la libertad verdadera y no meramente formal se compone de igualdad, económica y social; que el aseguramiento de la libertad y la igualdad exige y supone que ningún hombre puede elevarse para dominar a los demás, a no ser mediante la influencia natural de sus cualidades morales e intelectuales, sin que esta influencia se imponga nunca como un derecho y sin apoyarse en ninguna institución política; que a la pretendida “unidad estatal”, falacia perversa, hay que oponerle la unidad social orgánica, combinación de tradiciones, hábitos, costumbres, ideas, intereses y aspiraciones comunes y que el socialismo es la expresión de las esperanzas nacidas con la Revolución Francesa que demanda una justicia popular; que es preciso e ineludible optar entre el partido de la reacción y el de la revolución social y que el culto al Estado es una aberración indigna de libertarios, padecimiento incurable de lasallistas y marxistas por igual. Asimismo, echaste al olvido que la dictadura, así sea del proletariado, no puede engendrar libertad, pues está orientada, según sus adalides, a construir un poderoso Estado centralizado, acariciado morosamente por el señor Marx y sus amigos dogmáticos; que la lealtad al Estado es incompatible con el socialismo, que la revolución política y la social deben ir juntas y que el socialismo sin Estado es la esencia del anarquismo nuestro; que la abolición del poder político es un postulado central de nuestra lucha, pues aspiramos a una reorganización social de abajo para arriba, sabiendo que la operación inversa es y ha sido nefasta; que el gobierno de los hombres libres ha de ser mera administración de los asuntos comunes; que el instinto popular es la mejor guía en la lucha contra la opresión; que la abolición del Estado y de la Iglesia es la condición primera e indispensable para la emancipación efectiva de la sociedad y que hay una diferencia radical entre los revolucionarios autoritarios y los libertarios, aunque la meta de ambos sea la misma, es decir, la creación de un orden social nuevo, basado exclusivamente en el trabajo productivo, en condiciones económicas iguales para todos, es decir, en condiciones de propiedad colectiva de los medios de producción. La gran diferencia es que los marxistas autoritarios optaron por desarrollar y organizar el poder político y nosotros elegimos la organización social, anti política por definición. Ellos van tras el asalto al poder; nosotros no anhelamos sino verlo destruido, aniquilado por siempre: nuestra consigna central ha de ser por tanto, liquidar el Estado. Tu negligente desmemoria, tu frivolidad se olvidó todo esto y, ya sin amarras, bogaste a merced del viento, que se convirtió en terrible tormenta.

Tampoco fuiste capaz de recordar la necesaria igualdad, económica y social y no sólo jurídica, que han de alcanzar las mujeres respecto a los varones, ni la moralidad transparente de la libre unión matrimonial, ni que los niños

no son de la propiedad de nadie y que sólo pertenecen a su propia libertad futura y que los derechos de los padres han de limitarse a una autoridad suave que no atente contra su moralidad, su desarrollo y su próxima libertad. Olvidaste asimismo que una educación universal e igual para todos es una reivindicación prioritaria de nosotros los libertarios; que la diversidad entre los seres humanos es fuente de riquezas de toda índole y la base principal de toda solidaridad. No tuviste presente que es necesario trabajar a fin de llegar a una especie de fraternidad intelectual entre la juventud instruida y el pueblo, extramuros de la escuela oficial en donde los maestros reproducen el vicio autoritario y la desconfianza mutua entre profesores y alumnos. Finalmente, olvidaste los consuelos y apoyos que la amistad representa y bebiste el cáliz del traidor hasta sus heces. Lo que viviste y aprendiste a mi lado lo olvidaste todo sin el menor dolor, sin ningún pesar y sin importarte nada.

Ahogándose en su propia vehemencia, Bakunin se pasó la manga de la blusa por la frente perlada de sudor y se mesó la cabeza con ambas manos, en un gesto de impaciencia y hartazgo, de irritación incontenida. Guillaume le ofreció tabaco, que rehusó sin apartar la mirada de Sergei Netchaiev, quien, al contrario de lo que hubiera sido de esperar, se incorporó con una sonrisa sarcásticamente ofensiva, irguiéndose retador ante el gigante.

Hubo un momento de insoportable tensión cuando Guillaume, con el brazo derecho extendido hacia el frente, hizo el gesto de rechazar al joven hacia la silla, y Bakunin, el de detenerlo, al tiempo que Sergei abría teatralmente los brazos diciendo: “¡Deberías felicitarme, agradeciendo lo que he hecho por ti sobre todo en esta última semana Mijail! ¡Eres tan pilma que no te das cuenta de la que te salvé, de la que te has salvado por los pelos, Michel querido! ¡No tienes remedio, mi obstinado amigo, ni lo tendrás nunca, viejo terco!”

Los dos camaradas, el Maestro y el apóstol, se miraron estupefactos ante la desfachatez propia de la habitual insolencia, temible por implacable, que Netchaiev sabía manejar magistralmente, como si fuera un viejo curtido por la experiencia del trato con sus semejantes, lo que de ningún modo podía ser factible, aunque sí muy sorprendente:

¿Quién era realmente este hombre? ¿Qué buscaba entre los libertarios ácratas de Ginebra? ¿A dónde quería llegar con sus maquinaciones, embustes y fantasías? Las preguntas que ya antes habían cruzado varias veces por la mente de cada uno de aquellos en ese momento afloraron en los dos al unísono, llegándoles a no poder apartar sus asombradas miradas del rostro del prevaricador, que exhalaba seguridad y aplomo a pesar de las enormes ojeras que circundaban sus ojos en la cara juvenil asentada sobre la cuadrada mandíbula, apenas azulada por la ya creciente y negrísima barba.

¡Con cuidado, Bakinin!, estás en camino de convertirte en un roñoso predicador de feria, lo que a tu edad es un tanto papetico, ¿no crees, querido?... ¡Eres imposiblemente pesado y nunca has sabido tomar el toro por las astas! ¿Será que en el fondo tampoco has podido dejar de ser el señorito rebelde y remilgoso de Pryhamukino, Mijail Alexandrovich? ¿Será eso o será que los alemanes ingleses de La Internacional aquellos intrigantes, lograron al fin derribarte interiormente y sólo quedan ya tus absurdas peroratas? Sea lo que fuere, ahora vas a tener que escucharme tú: hubiera preferido decírtelo en privado y no frente a este silencioso admirador predilecto, pero tú lo has querido así y será entonces como tiene que ser.

Me reprochas el olvido de tus prédicas necias, sin recordar cuánto aplaudías apenas hace unos meses mi indiferencia hacia tus abstrusas inquisiciones, diciéndome complacido lo “refrescante” que era para ti mi energía incontenible y mi juventud vitalmente alentadora para la causa, preferible a las teorizaciones de tus adustos y cómicamente misteriosos contertulios, de los que escapabas tan pronto podías para estar conmigo. El resto no quiero decirlo ante este señor tu amigo, pues no llegaría a entenderlo nunca. No te preocupes, pues del secreto a voces soy y seré como fiel perro guardián. Pero si yo he olvidado todo, tú en cambio no has aprendido nada, habiendo llegado a una edad en que hacerlo sería pedirle peras al olmo, a un olmo viejo y deshojado por cierto, carcomido por suspicacias y celos ridículos. Esa es la causa de que la gente se haya ido apartando de ti y te rehúya, pero eso no lo entiendes ni lo entenderás, viejo necio.

Guillaume, incapaz ya de contenerse, inspirado por una premonición y como impelido por un resorte, le abofeteó dos veces el rostro con fiereza, entre gritos y manotazos del ofendido y los bufidos espantosos de Bakinin, quien, en un segundo, apartó a los contendientes con la fuerza irresistible de sus vigorosos brazos, rechonchos y enormes:

¡Ya basta, Guillaume! No te atrevas a volver a tocarle, ya ha sido suficiente, ¡demonios! Somos dos y alguno podría sostener que se actuó aquí con cobardía. ¡No echas a perder ahora la oportunidad de desenmascarar plenamente a este infeliz! ¡No vuelvas a intervenir, camarada, no lo hagas! Déjalo decir lo que él espera que me conmueva, irrite, lastime y, después, podremos determinar lo más conveniente, ¿verdad muchacho? ¡Adelante pues con tu discurso!

Netchaiev, entretanto, borraba con el dedo índice izquierdo los hilillos de sangre que todavía le escurrían de las comisuras de su boca carnosa, mirando con ojos centellantes de ira a sus adversarios, desesperadamente preso en aquel cuartucho minúsculo y totalmente a merced de ellos, arrepentido amargamente de no haber opuesto la necesaria resistencia al Gi-

gante en *L'Arlequin*, sin acordarse de que era difícil que alguien se atreviera a enfrentársele cuando caía presa de furores incontenibles.

Reponiéndose en silencio durante un breve minuto, dijo al fin:

No te daré el gusto, nunca más, de verme implorando tu perdón, como en otras ocasiones que, seguramente, también prefieres no evocar, ni el de verme desgañitándome con excusas y subterfugios que ni yo me creía y a los que tú, inexplicablemente, acababas cediendo y consintiendo, pretendiendo olvidar mi falta, o lo que tú, con el criterio tuyo arbitrario y mudable, creías que lo era, exaltando el argumento escabroso de tu afecto por mí. Solo te diré dos o tres cosas y, con ellas, sabrás mi desapego absoluto hacia ti, total y definitivo.

Al principio me deslumbró tu manera desenfadada y optimista de ver las cosas bajo una luz irónica y compasiva a la vez y tu capacidad de niño para hacer un juego divertido y alegre de todo, aun en las peores situaciones, algunas vividas contigo y muchas a mí relatadas con tu ingenio imaginativo y, por qué no decirlo, singularísimo. Por supuesto que me rendía a tu influjo, impresionado por tu prestigio y oficio en los asuntos que nos importan, frente a tu indudable valentía, sin algo más que mero arrojo y más que puras agallas. Tu audacia ha sido probada en tus hechos y con tus escritos, no cabe duda. Recuerdo tu insistencia en que la suma de los esfuerzos libertarios sería no solo cuantitativa, sino cuantitativa y la idea de que el pacto social que hay es entre los explotadores, a fin de oprimir a la mayoría, reforzada por la herencia de la riqueza, idea que te embroncó con Marx y su socio.

Recuerdo también tu denuncia a la ley del Estado como producto causa y efecto de la desigualdad que el poder político resguarda y contribuye a reproducir ayudada por la inercia de la tradición y la superstición. Todo eso lo tengo presente hasta el día de hoy, así como también la necesidad de que el revolucionario esté cerca del pueblo explotado y desorganizado y que no debe perderle de vista que la economía es el fundamento más profundo del orden social y que todo gobierno es indefectiblemente abuso y corrupción, nada del “mal necesario”. Toda esa palabrería, ¿de qué sirve si no desemboca en la acción? Para mí, ésta es la única cuestión: es preciso inocular terror por doquier, hasta que este mundo odioso vuele en pedazos por los aires, ayudado por artilugios que matan de veras y no con el papel y la tinta tuyos, pobre Mijail, Michel querido. Después, todo cambió y dió un giro completo. Ese amor incondicional a la libertad, que presumes tanto, no rigió en tu modo de actuar conmigo al pretender sujetarme como perrillo faldero, confundiendo mi juventud con una pasiva aquiescencia a tus dictados caprichosos. Como ya lo dijiste yo confundí contigo muchas cosas pero tú equivocaste el tuyo, el objetivo y no pudiste cobrar el trofeo: mi obediencia.

Mijail no perdía una palabra de estas, que hacían nublar su mirada profunda y azul, y entrecerraba los ojos fijos duramente en el réprobo locuaz,

que se había crecido al castigo. Le resultaba ahora repulsivo, y ese sentimiento súbito comenzó a sumirlo en una tristeza deprimente. Guillaume no ocultaba su malestar impaciente por llegar al final de todo eso mientras encendía un cigarrillo tras otro.

Debo decirte que al conocerte me pareció increíble que el Gran Señor de la Conspiración y el Secreto no se tomara el trabajo de comprobar la historieta de mis persecuciones, prisión y fuga, falsa de principio a fin. ¡Me desilusionaste Michel, me defraudaste como nunca lo hubiera imaginado! Comencé a comprender que en cuestiones no tenías la destreza que se te atribuía. Supe, en consecuencia, que podría seguir usando del engaño contigo. Para ser complotista eras un perfecto genio creyendo que en este mundo, subterráneo, religioso y sórdido, todos se mueven desinteresadamente, guiados por ideales que a ti y sólo a ti te parecen irresistibles. Vi tu punto flaco y acometí contra ese flanco: una barnizada de ideales hacen que hechos y personas brillen para ti bajo una nueva luz, aunque en el fondo sean egoístas o reprobables. A ti el barniz te bastaba: apaciguaba tu conciencia y te permitía seguir adelante con los proyectos de tu personal apocalipsis. Yo me limita en el día a recitar a todos mi “Catecismo”, es decir, el tuyo y, por la noche por así decirlo, abjuraba de él y recobraba mi auténtica naturaleza. Aquello no eran solo disipaciones: era una “cura nocturna” de la farsa diurna, un ajuste de cuentas con ¡los libertarios!, tus seguidores ineficaces hasta con tus miopes camaradas ciegos de tanta relojería, cuyo pulso es firme sólo en el taller, incapaces de fiereza. Y con ellos querías adelantar el Fin del Mundo, con Vogt y Reichel! Ginebra, Michel querido, es un refugio y el mundo es un desierto y tú tomas una por el otro y así no se puede, como tú no has podido. En cambio, yo pude hacer lo que estaba obligado a cumplir ser tu sombra, neciamente inseparable de ti.

Cuando me di cuenta que Ivanov ganaba lugar preferente en tu ánimo voluble, supe que tendría que remover el obstáculo.

Ivanov, pobre como una rata, guarecido tras los gruesos cristales de sus anteojos desde los que arrojaba una mirada dura, helada sobre el mundo que no le satisfacía, extraviado entre teorías y distingos no alcanzaba a comprender esas metafísicas de la predilección no solo tuya y de él sino también de tus filósofos del no-poder, que vivían de tus migajas intelectuales y pecuniarias. Lo maté con mi revólver, pero no lo hice sólo. Me lo creas o no, lo hicimos entre Nicolaiev Kuznetzov y yo; huí y ellos cargaron con el muerto. Sin los dos tuyos no hubiera sido posible aquello. Así que ya sabes: a tu delfín lo mató tu propia corte, ayudada por mí, allá en nuestra tierra, en donde detuvo la policía a trescientos, enjuiciando a ochenta y cuatro. Te ahorro detalles pero te confesaré que Ivanov se resistió como los buenos y que, a pesar de haberle lastrado con piedras y con lo que tuvimos a mano, subió su cuerpo a la superficie de la charca al día siguiente, cubierto de algas, híbrido monstruoso, una medusa chorreante y viscosa.

Bakunin no dijo una palabra; enrojecido el rostro iracundo, pegó un manotazo en la tosca mesa del despacho de Guillaume y escupió a los pies de Netchaiev, quien sonreía satisfecho de su obra. Guillaume le alcanzó un vaso y Mijail lo apuró de un trago, al cabo del cual enrojecieron sus ojos, a punto de desbordarse. Se contuvo, y en cosa de segundos, recobró cierto aplomo, cuando menos en el rostro, dispuesto a concluir con esto, ocurriera lo que ocurriera, obligado a escuchar hasta el final.

El envenenamiento de Ogarev, que fracasó también, fue obra mía, inoculando la sustancia con hipodérmica a través del corcho de la botella de oporto del exquisito amigo tuyo. ¡No lo imaginaste nunca no es cierto? Lo anterior es nada junto a lo que vas a oír enseguida:

Con las dificultades que estorban el camino a todo estudiante pobre, hijo de un antiguo siervo como yo, logré ingresar en la Universidad, en San Petersburgo. Leí a Babeuf y su “Conjuración de los iguales” y los artículos de Blanqui, que nos entusiasmaban. El movimiento estudiantil de aquellos años fue orientado hacia la izquierda gracias a esfuerzos con lo que me comprometí entonces, al igual que el mundo de las sociedades herméticas, fue con la única atmosfera con la que me avine. Al destacar, la policía de Alejandro me fichó y, comenzó a perseguirme, obligándome a esconderme en Moscú. No había más remedio que huir y llegué a Ginebra en 1869. Busqué encontrarle. Te hallé en esos momentos depresivos que te meten en cama durante semanas. Serví para despabilarte y ponerte de nuevo en circulación. De la noche a la mañana recuperaste tu entusiasmo y tus fuerzas. Crecientemente la extraña simbiosis cerró el cerco que nos tendimos los dos. Tenía yo veintiún años y ya era para ti, según tus propias palabras “el conspirador perfecto”, con aquel “diable au corps” distintivo el símbolo de una elección predestinada, eso que gustaba de decir también Calvino en estas mismas callejuelas, entre las que nos dejamos vivir para que otros puedan tramar las vías de un mundo nuevo, los que vengan después de nosotros.

Tú y yo, rusos errantes, demorados en Ginebra, somos perfecta y totalmente eso, somos tan típicamente rusos, sentimentales, temperamentales, voluble como repiten por aquí. Amor y cólera nunca separan sus aguas en el océano de nuestra alma, insondable y oscura. Supersticiosos, heroicos a ratos y por momentos, desesperados, nihilistas, dicen ahora los pedantes. Ahora sabrás como “el Cielo permitió que yo te salvara” como se dirá en la Madre Rusia, esa Madre que no nos permite a ti y a mi vivir en paz, madre abatida y subyugada por un tirano tras otro, que anhela encontrar la luz que le robaron desde la noche de los tiempos y que, creemos, nos llama a la tarea de su liberación. Esa es nuestra mayor fantasía y nuestro fatal infortunio, el destino nuestro que nos tiene entre sus garras y nos ha empujado hasta aquí, a las riberas del Lago, indiferente ajeno, inmaculado.

¿Recuerdas lo del “Catecismo Revolucionario” con el que pretendías prestigiarme entre el círculo de tus allegados exilados, atribuyéndome una autoría que siempre fue únicamente tuya? El revolucionario es un hombre condenado, sin intereses ni sentimientos personales, sin ni siquiera un nombre propio. Sólo tiene una idea: la revolución; ha roto con todas las leyes y códigos morales del mundo civilizado. Si sirve en este mundo y pretende formar parte de él, sólo lo hace con el propósito de destruirlo más fácilmente; debe odiar por igual todo lo que lo constituya. Debe ser frío: tiene que estar dispuesto a morir, tiene que aprender a soportar las torturas y tiene que ser capaz de ahogar todos sus sentimientos, incluso el del honor en cuanto interfieran con su objetivo. Únicamente puede llegar a sentir amistad hacia aquellos que sirven a su causa; los revolucionarios de inferior categoría serán para él un capital del cual disponer... Esto fue escrito por ti, con todos sus puntos y comas y a mí me fue útil para liquidar a Ivanov, un capital del que pude disponer, siguiendo en esto tus propios consejos. Ya ves que nunca sabe uno qué maligno genio pueda salir de la botella que arrojamos al mar en la que bogan nuestras palabras sobre aguas desconocidas, finalmente enterrada en la arena de la playa remota de un país ignorado. En este confin del mundo es peligroso —decías a veces— dejar escapar de la botella el maligno genio de nuestras pasiones y obsesiones. Yo no tuve ese escrúpulo y conseguí mi propósito, así que no sé de qué te escandalizas Mijail Alexandrovich, ni porque no eres consecuente con tu dichoso Catecismo.

Cuando conocí a Cafiero en casa de Vogt percibí al instante que había en su reacción hacia mí algo que me halagó pero que me puso en guardia: el singular millonario, el opulento libertario, el del gran Hispano-Suiza bicolor y cromado, de un rojo y negro deslumbrantes, me miraba con extraña curiosidad, con un interés desproporcionado por mi vida y hazañas, que era solo un pretexto para acercarse a mí de otro modo, que no requiere para tú mayor explicación, pues sabes a lo que me refiero. Entre tanto, yo te tenía ya vigilado de cerca por Igor, el tuerto recadero tuyo, a quien había convencido pasarme un informe diario de tus idas y venidas por Ginebra. ¿Otra sorpresa, para ti Mijail Alexandrovich?

Supé por ti de la oferta de Carlo Cafiero para constituir en Lugano el “Centro Difusor Documental” título anodino para una suerte de cuartel general de la conspiración libertaria en los Alpes. Como recordaras, fui con él a visitar la villa magnífica a orillas de aquel otro lago. Ahí comenzó un asedio en toda forma, que me repugnaba pero del que supe sacar buen provecho. Me permitió ganarme otras voluntades, algunas útiles y otras muchas que solo fueron extravíos momentáneos, eso del alcohol y las drogas que hoy me reprochas ¡como si tú fueras un asceta, querido amigo, como si eso fuera para ti algo extraño y desconocido, algo que no va contigo! Lo que no va contigo es disfrazarte de calvinista, menos en Ginebra que en ningún otro sitio,

dicho lo cual soltó la risita nerviosa y despectiva muy suya.

Un perpetuo, insidioso recuento de tus errores y debilidades era la eterna cantinela de Cafiero, la que soltaba a raudales en toda reunión en la que yo estuviera, fuera de estudiantes esclavos de Zúrich, de rusos y ginebrinos, de refugiados recomendados por Herzen y Ogarev, en fin, cada vez que podía cargaba contra ti. Decía que un trabajo “serio”, como la traducción al ruso de “El Capital” de la tu otrora socio, te sacaría de dos problemas graves; los de dinero y los de tu desbordada fantasía antigermana, “germanofóbica” como dice él. Ya sabrás que a mí esto último me tenía sin cuidado; me parecía otra más de tus excentricidades, siempre escandalosas y vehementes y ahí además afloraba tu garra, mi querido y viejo león desdentado.

Al decir esto último, estalló de nuevo en la risita entrecortada, que se fue convirtiendo en un extraño ruido, como suerte de rebuzno horrisono.

Cafiero —prosiguió el traidor— logró que Marx autorizara la empresa y él, anónimamente, te hizo llegar una bolsa repleta de libras, sin que tu sospecharas que no era de Herzen, como se te hizo creer. Gastaste la suma con la típica celeridad de tu prodigalidad, en ocasiones conmigo. Pero verte inclinado, hora tras hora, sobre el texto marxiano acabó por serte intolerable, así que no me fue difícil convencerte de abandonar la tarea que, a ti y a mí nos estorbaba. No te complicaste mucho con todo esto: simplemente dejaste de lado un compromiso de moralidad burguesa, la ética del enemigo.

Cafiero y Costa habían fundado ya un partido: aquel Partido Anarquista Revolucionario, que te daba tanta risa; Cafiero lo sabía como también supo admiración de Malatesta por ti, le sublevaba la envidia y el rencor, que fue creciendo hasta donde tú no puedes imaginarlo siquiera. ¡Quien nos da por alternar con aristócratas, aunque lo sean tú y Kropotkin. Un día asombrará la pequeña historia de la aristocracia refugiada en Ginebra, empeñada en incendiar al Mundo con una Revolución Universal, que sepultase para siempre a todos los que viven de privilegios y a costa de los apuros de los demás. Acabarán diciendo que preparaban, con su ocio, la *parusia* de la libertad niveladora, por supuesto... ¡Libertad...! ¿Qué saben los zánganos lo que es no tenerla desde siempre cuando tus sangre todavía no es todavía tu sangre, cuando alguien respira por ti... hijo, nieto, padre y abuelo de siervos, de esclavos? Esto me lo sé yo en propia carne y entre paroxismos de odio y resentimiento, como dirían tú y la tribu decadente a la que has hasta hoy persuadido de tus ocurrencias odiosas, que acabaron por matar al italianito *cordón azul*. Garibaldi vio algo torcido en Cafiero y lo mantuvo a distancia. Tú, en cambio, le abriste tus puertas de par en par, sin tomar ninguna precaución, con la ingenuidad temeraria de un niño que nunca has podido dejar de ser, atraído por el cebo de unas riquezas que soñabas poner al servicio de tu “Gran Catecismo:

Cafiero llegó a confiarme lo “deseable” que sería que desaparecieras de escena, antes de seguir hundiéndote entre contradicciones, diciéndolo con el gesto beatífico, falsa unción libertaria. Supe entonces que me utilizaría a este fin, creyendo que podría comprarme para sus propósitos, primero el político y después el carnal, del que no había desistido a pesar de mi rechazo. Supe también que tendría que matarle por afecto a ti, lo creas o no por cariño a mí mismo, pues aquel llegaría hasta la delación a la Ocrana con tal de castigar mis negativas a sus necesidades románticas. Estaba seguro de que un día, acompañado de las monumentales notas de “Nabuco” entraríamos triunfantes en Roma. ¡El muy estúpido...! Acabó confesándome que para hacerte a un lado exhibiría al mundillo de exiliados y a la AIT de Marx-Engels y compañía, tus despilfarros y tus hurtos, con pruebas, con pelos y señales, calculando que así que te marginaría para siempre pues mostraría a los esforzados y estoicos anarquistas tus costumbres costosas y tus lujos y licencias inalcanzables para tu tropa, que abjuraría de ti, repudiándote ya sin remedio. En el fondo, aquel falsario estaba gobernado integralmente por una lascivia desesperada y repulsiva. En l’Hotel Anglais me representó el último de sus numeritos sobre ese designio. Harto de él, me escabullí de madrugada y el aire puro de los altos robles y los pinos fragantes de *Mon Repos* me aclaró una cosa: tendría que “eliminar el obstáculo” o él movería las piezas primero. La fría silueta del anfiteatro montañoso recortándose en el horizonte, sobre el confín del Lago al amanecer me imponía y su rotunda presencia eterna confirmó mi resolución. Era cosa solo de encontrar la ocasión propicia para llevarla adelante.

Y la ocasión acabó por llegar. Hoy lo encontrarán ahogado en la piscina pompeyana de Villa Diodati que arrendó anónimamente hace meses. Puedo decirte que luchó por su vida hasta lo último, pataleó y manoteó, en carne viva la piel de las manos sanguinolentas, el rostro amoratado de la asfixia final y los ojos saliendo de sus orbitas, incrédulo y aterrorizado. Un estertor horrendo y todo terminó en silencio, solo roto por el rumor del chorro de agua del dorado grifo de la enorme bañera contra el que se había desnucado, tiñéndola de un rosa verdoso espectral.

Salí de ahí furtivamente. Sabía por él de tu cita en Coligny y sabía que tú no esperarías toda la noche. Colegí que harto de esperar, regresaría a tu guarida de la Porte Cornavain, no sin antes reconfortarte en “L’Arlequin”. Valiéndome del cocinerito aguarde tu previsible llegada para sorprenderte, anunciándote que, al fin, eras libre, por lo menos de la asechanza italiana. El resto lo estamos viviendo tú y este pobre Guillaume, tan ajeno a ese otro mundo, el tuyo, el de Cafiero y el mío. Así pues, me debes ésta Mijail Alexandrovich, ¡no lo olvides nunca!

Bakunin temblaba convulsivamente al final del relato del homicida, confundido, incrédulo, hastiado de fingimientos y mentiras, harto de los rencores y los reproches del “chico admirable”, mirándolo asombrado pa-

rapetado tras su sonrisa chueca y su aire de perdonavidas. Estaba estupefacto ante el rumbo que habían tomado las cosas. Guillaume hacía lo posible para mantenerlo erguido, lo que la corpulencia de su compañero dificultaba. Aprovechando la momentánea distracción de sus captores, Netchaiev los hizo a un lado, y de un salto y con un empujón violento salió veloz del cuartucho, hasta ganar la calle y perderse finalmente entre los vericuetos del laberíntico Paquis. Más tarde se sabría que el zar había conseguido su entrega, internándolo de por vida (que duró diez años más) en el rincón más siniestro de la fortaleza de Pedro y Pablo en San Petersburgo, olvidado del mundo cuando le llegó la muerte en solitario.

Desde aquella terrible ergástula rusa, Netchaiev continuó conspirando sin descanso, en un clima nacional de atentados frustrados contra el zar. Él no, pero otros sí dieron en el blanco: el fiscal de Kiev y el gobernador de Kharkov, el jefe de la gendarmería. Era la diseminación del terror, entendido como “detonador de un espontáneo levantamiento general”. Al séptimo año de su condena, golpeó al general Popov, quien le visitaba en su celda, a fin de invitarle a ingresar a la Ockrana, la temible policía política de los Romanoff, causando que al revoltoso le encadenaran al muro, durante dos años. Entretanto y como pudo, escribió una insolente carta al zar, lo que colmó el vaso rebosante de su altivez suicida. Netchaiev ideó entonces ganarse a sus carcelarios, monologando en voz alta todo el día, a fin de que sus palabras hicieran vacilar lealtades y disciplina. Fue convenciendo a todos uno por uno y, al final, varias decenas de guardias habíanse convertido en confidentes del “muchacho de oro”, obteniendo de ellos libros, lápiz y papel y noticias del exterior. En medio de grandes dificultades, fue armando el atentado rocambolesco contra Alejandro II, logrando su propósito. Lo restante dejémoslo indistinguido entre la confusa niebla de su lenta agonía.